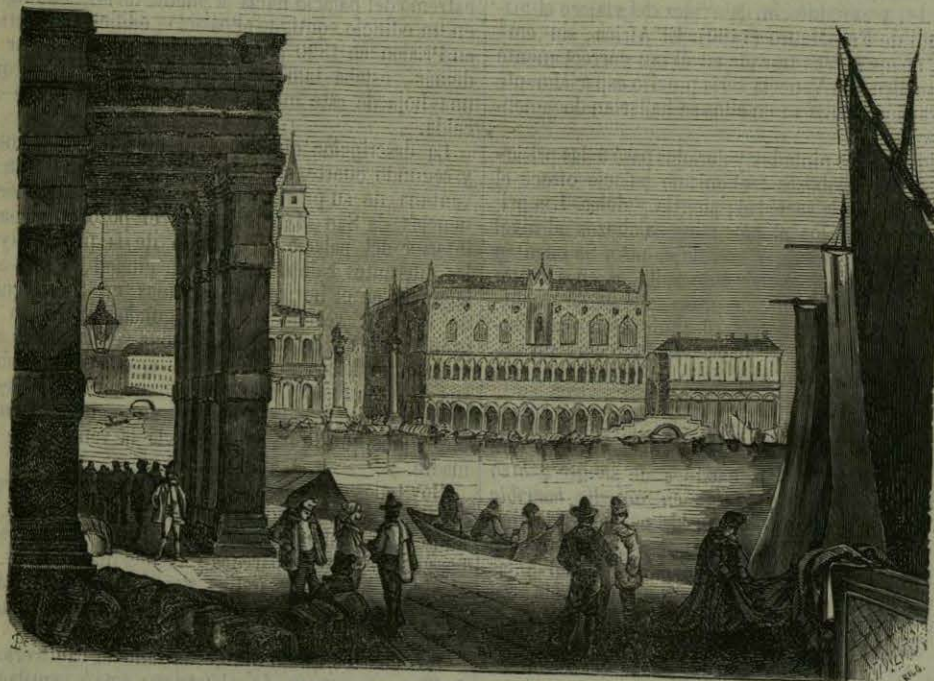


LOS FRARI.—ACADEMIA DE BELLAS ARTES.—LA ASUNCIÓN DEL TICIANO.—METOPAS DEL PARTHENON.—DIBUJOS ORIGINALES DE LEONARDO DE VINCI, DE MIGUEL ANGEL Y DE RAFAEL.—IGLESIA DE SAN JUAN Y SAN PEDRO.

Venecia setiembre de 1853.

Una góndola me desembarcó en los Frari, en donde á nosotros los franceses, acostumbrados á los exteriores griegos ó góticos de nuestras iglesias, nos llaman poco la atención esos exteriores de basílicas de



VENECIA.

María Cristina. Los restos del autor de la *Hebe* y de la *Magdalena* no están reunidos todos en aquella obra; de modo que Canova habita la representación de una tumba hecha por él, no para él, cuya tumba no es mas que su semi-cenotafio.

Desde los Frari me dirigí á la galería Manfrini. El retrato de Ariosto está hablando. El Ticiano ha pintado á su madre, anciana matrona del pueblo, gorda y fea: el orgullo del artista se deja sentir en la exageración de los años y de las miserias de aquella mujer.

En la Academia de bellas artes me apresuré á ver el cuadro de la Asunción, descubrimiento del conde Cicognara: diez grandes figuras de hombres por lo bajo del cuadro: nótase á la izquierda el hombre ar-

robado en éxtasis mirando á María. La Virgen, por encima de aquel grupo, se eleva en el centro de un semicírculo de querubines: hay multitud de rostros admirables en aquella gloria: una cabeza de mujer á la derecha, á la punta de la media luna, de una belleza indecible: dos ó tres espíritus divinos lanzados horizontalmente en el cielo, á la manera pintoresca y atrevida del Tintoreto. No sé si un ángel, de pié, experimenta cierto sentimiento de un amor sobrado terrenal. Las proporciones de la Virgen son fuertes; está cubierta de un manto encarnado: su banda azulea ondea en los aires: sus ojos están levantados hácia el Padre Eterno, que aparece en el punto culminante. Cuatro colores marcados, el moreno, verde, encar-

ladrillos ingratos y comunes á la vista; pero en lo interior, la armonía de las líneas, y la disposición de las masas, producen una sencillez y una severidad de composición que encantan.

Los sepulcros de los Frari, colocados en las paredes laterales, adornan el edificio, sin hacerlo recargado. La magnificencia de los mármoles brilla por todas partes; vistosos follajes atestiguan la finura de la antigua escultura veneciana. Sobre una de las losas del suelo de la nave se leen estas palabras: «Aquí yace el Ticiano, émulo de Zeuxis y de Apeles.» Esa piedra está en frente de una de las obras maestras del pintor.

Canova tiene su espléndido sepulcro no lejos de la losa ticiano; ese sepulcro es la repetición del monumento que el escultor había imaginado para el mismo Ticiano, y que ejecutó después para la archiduques,

nado y azul, cubren la obra: el aspecto del conjunto es sombrío, el carácter poco ideal, pero de una verdad y una viveza de naturaleza incomparables: es preferible, no obstante, para mí la *Presentación de la Virgen en el templo*, del mismo pintor, que se ve en la misma sala.

En frente de la *Asunción*, puesta á muy buena luz, está el *Milagro de San Marcos*, del Tintoreto, drama vigoroso, que parece reproducido en el lienzo mas bien con el cincel y el mazo que con el pincel.

Pasé á los yesos de las metopas del Parthenon: aquellos yesos tenían para mí un triple interés: en

Atenas había yo visto los vacíos dejados por los estragos de lord Elgin, y en Londres los mármoles arrebatados, cuyos moldes volvía á hallar en Venecia. El destino errante de aquellas obras maestras se ligaba al mío, y sin embargo, Fidias no ha modelado mi barro.

No podía separarme de los dibujos originales de Leonardo de Vinci, Miguel Angel y Rafael. No hay cosa de mas atractivo que esos bocetos del genio entregado solo á sus estudios y caprichos; con ellos admítete á uno en su intimidad, le inicia en sus secretos, le enseña por qué grados y esfuerzos ha llegado á la



SILVIO PELLICO.

perfección, siente uno un placer en ver cómo se había engañado, cómo conoció su error y cómo lo enmendó. Aquellos rasgos de lápiz trazados en la esquina de una mesa, sobre un mal pedazo de papel, conservan una abundancia y una sencillez de naturaleza maravillosas. Cuando se piensa que la mano de Rafael se ha paseado por aquellas bagatelas inmortales, se rebela uno contra los cristales que impiden besar aquellas santas reliquias.

Descansé de mi admiración en la Academia de bellas artes, con otra admiración de un género distinto en San Juan y San Pedro, como se refresca uno el ánimo cambiando de lectura. Esta iglesia, cuyo arquitecto desconocido ha seguido las huellas de Nicolo Pisano, es rica y vasta. La cabecera en donde se retira el altar mayor representa una especie de concha puesta verticalmente; otros dos santuarios acompañan lateralmente aquella concha: son altos, estrechos, de bóvedas de muchos centros, y están separados de la cabecera por tabiques con ranuras.

Allí reposan las cenizas de los dux Mocénigo, Mo-

rosini, Vendramino y otros varios gefes de la república. También se halla allí la piel de Antonio Bragadino, defensor de Famagusta, y á la que puede aplicarse la expresión de Tertuliano: *Una piel viva*. Aquellos ilustres despojos inspiran un sentimiento grande y penoso: la misma Venecia, magnífico catafalco de sus magistrados guerreros, doble féretro de sus cenizas, no es mas que una piel viva.

Los vidrios de colores y las cortinas encarnadas que apagan la luz de San Juan y San Pedro animentan el efecto religioso. Las innumerables columnas traídas del Oriente y de la Grecia se hallan plantadas en la basílica como paseos de árboles extranjeros.

Mientras que yo recorría la iglesia, estalló una tempestad. ¿Cuándo sonará la trompeta que debe despertar á todos aquellos muertos? Otro tanto decía yo á la vista de Jerusalem en el valle de Josafat.

Después de estas excursiones volví á la fonda de Europa, y di gracias á Dios por haberme trasladado de los cerdos de Walmunchen á los cuadros de Venecia.



EL ARSENAL.—ENRIQUE IV.—FRAGATA QUE SALE PARA AMÉRICA.

Venecia setiembre de 1853.

Después de mi descubrimiento de las prisiones en donde el Austria material procura ahogar las inteligencias italianas, fui al arsenal. Ninguna monarquía, por poderosa que sea ó haya sido, ha ofrecido un museo náutico semejante.

Un espacio inmenso, cercado por muros alineados, contiene cuatro recipientes para los buques de alto bordo, canteras para construir esos buques, establecimientos para lo que conviene á la marina militar y mercante, desde la fabricacion de cuerdas hasta la fundicion de cañones, desde el taller en que se elabora el remo de la góndola hasta el en que se labra la quilla de un buque de setenta y cuatro, desde las salas consagradas á las armas antiguas, conquistadas en Constantinopla, Chipre, Morea y Lepanto, hasta las salas donde están expuestas las armas modernas, mezclado todo de galerías, columnas y arquitecturas construidas y diseñadas por los primeros maestros.

En los arsenales de marina de España, Inglaterra, Francia y Holanda, se ve solo lo que tiene relacion con los objetos de esos arsenales: en Venecia se unen las artes á la industria. El monumento del almirante Emo se halla al lado del casco de un buque: á través de largos pórticos se ven filas de cañones. Los dos leones colosales del Pireo guardan la puerta del recipiente, de donde va á salir una fragata para un mundo que no conoció Atenas y que descubrió el genio de la Italia moderna. A pesar de estos hermosos restos de Neptuno, el arsenal no recuerda ya aquellos versos del Dante:

Qual nell' arzaná de Veneziani  
Bolte l'inverno la tenace pece  
A rimpalmar gli legni lor non sani  
Che navicar non ponno; e'n quella vece,  
Chi fa suo legno nuovo, é chi ristoppa  
Le coste é quel che piu viaggi fece.  
Chi rebatte da proda é chi da poppa  
Altri la remi ed altre volge sarte  
Chi terzerolo ed artimon rintoppa.

Todo ese movimiento ha concluido: el vacío de las tres cuartas partes y media del arsenal, los hornillos apagados, las calderas enmohecidas, las cuerdas sin tornos, las canteras sin constructores, atestiguan la misma muerte que ha herido á los palacios. En vez de la multitud de carpinteros, constructores de vela, marineros, calafates y grumetes, solo se ven hoy algunos galeotes que arrastran sus grillos; dos de ellos estaban comiendo sobre la recámara de un cañon: al menos en esa mesa de hierro podían pensar en la libertad.

Cuando en otro tiempo remaban esos galeotes á bordo del *Bucentauró*, se les ponía sobre sus hombros marcados una túnica de púrpura para que pareciesen reyes hendiendo las aguas con remos dorados: los galeotes acompañaban su faena con el ruido de sus cadenas, como en Bengala en la fiesta de Durga las bayaderas, vestidas con gasa de oro, acompañan sus bailes con el sonido de los anillos que adornan sus cuellos, brazos y piernas. Los forzados venecianos casaban al dux con el mar, y renovaban ellos mismos con la esclavitud su union indisoluble.

De esas numerosas escuadras que conducian á los cruzados á las costas de Palestina, y prohibian á toda vela extranjera hincharse á los vientos del Adriático, queda un *Bucentauró* en miniatura, la lancha de Napoleon, una piragua de salvajes, y diseños de buques trazados con yeso sobre el encerado de los alumnos de guardias marinas.

Un francés que llegaba de Praga y aguardaba en Venecia á la madre de Enrique V no podía menos de conmoverse al ver en el arsenal de Venecia la armadura de Enrique IV. La espada que llevaba el Bearnés en la batalla de Ivry estaba unida á aquella armadura: esa espada falta hoy.

Por un decreto del gran consejo de Venecia de 3 de abril de 1600, se acordó que *Enrico di Borbone IV, re di Francia é di Navarra con li figliuoli é discendenti suoi sia annumerato ira i nobili di questo nostro maggior consiglio.*

De consiguiente Carlos X, Luis XIX y Enrique V, descendientes de *Enrico di Borbone*, son nobles de la república de Venecia, que ya no existe, como son reyes de Francia en Bohemia y canónigos de San Juan de Letran en Roma, en virtud de Enrique IV: yo los he representado en este último carácter: ellos han perdido su bonete y su muceta y yo mi embajada. Y sin embargo, ¡estaba yo tan bien en mi asiento de San Juan de Letran! ¡Qué hermosa iglesia! ¡Qué hermoso cielo! ¡Qué admirable música! Aquellos cánticos tienen mas duracion que mis grandezas y las de mi rey canónigo.

Mi gloria me ha molestado mucho en el arsenal, pues brilla sobre mi frente sin yo conocerlo; el feld-mariscal Pallucci, almirante y comandante general de marina, me reconoció en mis cuernos de fuego. Vino al punto, y me enseñó él mismo diferentes curiosidades; en seguida, disculpándose de no poderme acompañar por mas tiempo á causa de un consejo que tenia que presidir, me confió á un gefe superior.

Encontramos al capitán de la fragata que iba á marchar. Acercóse á mí sin cumplimento, y me dijo con esa franqueza de marino que tanto me agrada: — «Señor vizconde (como si me hubiese conocido toda su vida; ¿quereis algo para América? —No, capitán: mucho tiempo hace que no la he visto.»

No puedo mirar un buque sin sentir ardientes deseos de marchar; si estuviese libre, el primer buque que marchara á las Indias tendria probabilidades de llevarme. ¡Cuánto he sentido no haber podido acompañar al capitán Parry á las regiones polares! Mi vida no está satisfecha sino en medio de las nubes y de los mares; siempre abrigo la esperanza de que desaparezca bajo una vela. Los pesados años que arrojan en las olas del tiempo no son áncoras, no detienen nuestro curso.

#### CEMENTERIO DE SAN CRISTÓBAL.

Venecia, setiembre de 1853.

En el arsenal me hallaba cerca de la isla de San Cristóbal, que sirve hoy de cementerio. La isla contenia un convento de capuchinos: el convento fue derribado, y el sitio que ocupaba no es hoy mas que un cercado de forma cuadrada. Los sepulcros no están muy multiplicados, ó al menos no se elevan sobre el suelo, nivelado y cubierto de césped. Contra la pared del Oeste se ven arrimados cinco ó seis monumentos de piedra, y esparcidas por el recinto unas cruces pequeñas, de madera negra, con una fecha blanca: así se entierra hoy día á los venecianos, cuyos antepasados reposan en los mausoleos de los Frari y de

San Juan y San Pedro. La sociedad, ensanchándose, se ha rebajado: la democracia ha ganado la muerte.

A las orillas del cementerio, hacia Levante, se ven las sepulturas de los griegos cismáticos, y las de los protestantes, que están separadas entre sí por una pared, como lo están por otra de las inhumaciones católicas: tristes disensiones, cuya memoria se perpetúa en el asilo donde concluyen todas las rencillas. Contiguo al cementerio griego hay otro rincon que protege un agujero, en donde se arroja á los limbos á los niños que nacen muertos. ¡Dichosas criaturas, que habeis pasado de la noche de las entrañas maternas á la noche eterna sin haber pasado por la luz!

Al lado de ese agujero yacen huesos sembrados por el suelo como raíces, que salen al abrir los nuevos sepulcros: unos, mas antiguos, están blancos y secos; otros, recientemente desenterrados, amarillos y húmedos. Por entre aquellos restos corren lagartos, que se deslizan entre los dientes, al través de los ojos y narices, saliendo por la boca y las orejas de las cabezas, moradas ó nidios suyos. Tres ó cuatro mariposas revoloteaban por las flores de malvas entrelazadas con los huesos, imagen del alma bajo ese cielo que participa de aquel en que fue inventada la historia de Psychys. Un cráneo tenia todavía algunos cabellos del color de los mios. ¡Pobre anciano gondoleiro! ¿Has conducido al menos tu barca mejor que yo la mia?

Una fosa comun queda abierta en el recinto, y acababan de bajar á ella á un médico en medio de sus visitados. Su negro féretro solo estaba cubierto de tierra por encima, y su costado desnudo aguardaba el costado de otro muerto para que lo calentase. Antonio habia depositado allí á su mujer hacia unos quince dias, y el médico difunto era el que la habia despachado: Antonio bendecía á un Dios remunerador y vengador, y llevaba su mal con paciencia. Los féretros de los particulares son conducidos á aquel lúgubre bazar en góndolas particulares, y van seguidos de un cura en otra góndola. Como las góndolas parecen ataúdes, son adecuadas á la ceremonia. Una embarcacion mayor, ómnibus del Coccyto, hace el servicio de los hospitales. Así se hallan renovados los entierros del Egipto y las fábulas de Aqueronte y de su barca.

En el cementerio del lado de Venecia se eleva una capilla octógona consagrada á San Cristóbal. Este santo, cargándose sobre sus hombros un niño en el vado de un rio, encontró que pesaba mucho: el niño era el hijo de María, que sostiene el mundo en la mano: el cuadro del altar representa esta hermosa aventura.

Y yo tambien quise llevar á un niño rey, pero no habia advertido que dormia en su cuna con diez siglos: carga demasiado pesada para mis brazos.

Noté en la capilla un candelero de madera (la vela estaba apagada), una pila de agua bendita destinada á bendecir las sepulturas, y un librito: *Pars Ritualis romani pro usu ad exequianda corpora defunctorum*: cuando estamos ya olvidados, la religion, pariente inmortal é incansable, nos llora y nos sigue *exsequor fugam*. Una caja contenia un eslabon: solo Dios dispone de la chispa de la vida. A las hojas de dos de las tres puertas del edificio estaban pegados, por la parte interior, dos cuartetos, escritos en papel comun:

Quivi dell'uom le frali spoglie ascose  
Palida morte, ó passeggeri, t'addita, etc.

La única tumba algo notable del cementerio fue construida de antemano por una mujer, que tardó después diez y ocho años en morir: la inscripción señala esta circunstancia; de modo que esa mujer esperó en vano por espacio de diez y ocho años su se-

pulcro. ¿Qué pesar alimentó en ella esa larga esperanza?

Sobre una pequeña cruz de madera negra se lee este otro epitafio: *Virginia Acerbi, d'anni 72, 1824. Morta nel bacio del Signore*. Los años son duros á una hermosa veneciana.

Antonio me dijo: — «Cuando esté lleno este cementerio le dejarán descansar, y se enterrará á los muertos en la isla de San Miguel de Murano.» La expresion era exacta: verificada la cosecha, se deja la tierra en barbecho, y se cavan surcos en otra parte.

SAN MIGUEL DE MURANO.—MURANO.—LA MUJER Y EL NIÑO.—GONDOLEROS.

Venecia, setiembre de 1853.

Fuimos á ver ese otro campo que aguarda al gran labrador. San Miguel de Murano es un risueño monasterio con una iglesia elegante, pórticos y un claustro blanco. Desde las ventanas del convento se ven por encima de los pórticos las lagunas y Venecia: un jardín lleno de flores va á unirse con el césped cuyo abono se está preparando aun bajo el cútis fresco de una jóven. Este encantador retiro está abandonado á franciscanos; mas adecuado seria para religiosas que cantasen como los niños de *scuole* de Rousseau. «¡Felices aquellas, dice Manzoni, que han tomado el velo santo antes de fijar sus ojos en la frente de un hombre!»

Os suplico que me deis ahí una celda para acabar mis *Memorias*. Fra Paolo está enterrado á la entrada de la iglesia: ese busca-ruidos debe estar muy furioso del silencio que le rodea.

Pellico, sentenciado á muerte, fue depositado en San Miguel antes de ser trasladado á la fortaleza de Spillberg. El presidente del tribunal, ante el que compareció Pellico, reemplaza al poeta en San Miguel, y está sepultado en el claustro: no saldrá él de esa prision.

No lejos de la tumba del magistrado está la de una mujer extranjera, casada á la edad de veinte y dos años, en el mes de enero: murió en el mes de febrero siguiente. No quiso pasar mas allá de la luna de miel: el epitafio dice: *Ci revedremo*. ¡Si fuese cierto!

¡A un lado esa duda; á un lado la idea de que ninguna angustia desgarrá á la nada! Ateo, cuando la muerte os hunda sus uñas en el corazon, ¿quién sabe si en el último momento de conocimiento, antes de la destruccion del yo, no sentireis un dolor atroz, capaz de llenar la eternidad, una inmensidad de padecimiento, de que el ser humano no puede formarse idea en los límites circunscritos del tiempo? ¡Oh, sí; *Ci revedremo!*

Hallábame muy cerea de la isla y de la ciudad de Murano para no visitar las manufacturas de donde vinieron á Combourg los espejos del cuarto de mi madre. No he visto esas manufacturas cerradas hoy día; pero hilaron delante de mí, como el tiempo hila nuestra frágil vida, un delgado cordon de cristal: de ese cristal estaba hecha la perla que cuelga de la nariz de la jóven Iroquesa del salto de Niagara: la mano de una veneciana habia pulido el adorno de una salvaje.

He encontrado cosa mas hermosa que Mila. Una mujer llevaba un niño fajado: la finura del cútis y el encanto de la mirada de aquella muranesa se han idealizado en mi memoria. Tenia el aire triste y abortivo. Si yo hubiese sido lord Byron, la ocasion era propicia para intentar la seduccion sobre la miseria: aquí se adelanta mucho con poco dinero. Luego me habria hecho el desesperado y el solitario á orilla de las aguas, embriagado con mi triunfo y con mi



genio. El amor me parece otra cosa: he perdido de vista á René hace muchos años; pero no sé si buscaba en sus placeres el secreto de su disgusto.

Todos los días, después de mis excursiones, enviaba al correo, y no encontraba nada: el conde Grifio no me respondía de Florencia; los papeles públicos permitidos en aquel país de independencia no se habrían atrevido á decir que en el *Leon Blanco* se había apeado un viajero. Venecia, en donde han nacido las gacetas, se halla reducida á leer el cartel en que se anuncia, una cosa después de otra, la ópera del día y el punto donde está el Señor de manifiesto. Los Aldes no saldrán de sus sepulcros para abrazar en mi persona al defensor de la libertad de la prensa. Erame preciso, pues, aguardar. De vuelta á mi alojamiento me puse á comer, entreteniéndome con la sociedad de gondoleros, estacionada, como ya he dicho, bajo mi ventana á la entrada del gran canal.

Nunca abandona la alegría á aquellos hijos de Neereo: vestidos del sol, el mar los alimenta. No están tumbados y desocupados como los lazzaroni de Nápoles: siempre en movimiento, son marineros á quienes falta buque y obra, pero que harían todavía el comercio del mundo y ganarían la batalla de Lepanto si no hubiese pasado el tiempo de la libertad y de la gloria veneciana.

A las seis de la mañana llegan á sus góndolas, que se hallan atadas á estacas, con la proa en tierra. Entonces principian á lavar y fregar sus *barchette* en los *Trignetti*, como los dragones almohazan, cepillan y lavan sus caballos. La revoltosa montura marina se agita y conmueve á los movimientos de su ginete, que coge agua en una vasija de madera y la derrama en sus costados y en el interior de la barquilla. Esta aspersión la renueva varias veces, teniendo cuidado de separar el agua de la superficie para coger mas abajo un agua mas pura. Luego restrega los remos, limpia los cobres y espejos del pequeño palacio negro, sacude los almohadones y alfombras, y bruñe el hierro tajante de la proa. Todas estas operaciones no las pueden hacer sin algunas palabras de enojo ó de ternura, dirigidas en el hermoso dialecto veneciano á la góndola rebelde ó dócil.

Después de hecho el tocador á la góndola, pasa el gondolero á hacerse el suyo: se peina, sacude su chaqueta y su gorra azul, encarnada ó cenicienta, y se lava la cara, los piés y las manos. Su mujer, su hija ó su querida le trae en una hortera una mezcla de legumbres, pan y carne. Terminado el desayuno, cada gondolero aguarda cantando su fortuna: tiénela delante de sí con un pié en el aire, presentando su banda al viento y sirviendo de veleta en lo alto del monumento de la aduana de mar. ¿Llega á dar la señal? Entonces el gondolero favorecido, con el remo en alto, parte en pié sobre el extremo posterior de su barca, lo mismo que Aquiles volaba en otro tiempo ó que un escudero de Franconi galopa hoy á la grupa de un corcel. La góndola, en forma de patín, se desliza sobre el agua como sobre el hielo. *¡Sia stati! ¡sta longo!* son las frases de todo el día. Luego llega la noche, y la calle verá á mi gondolero cantar y beber con la zitella el medio caqui que le dejo yendo seguramente á reponer á Enrique V en su trono.

Venecia, setiembre de 1855.

LOS BRETONES Y LOS VENECIANOS. — DESAYUNO EN EL MUELLE DE LOS ESCLAVONES. — LAS PRINCESAS EN TRIESTE.

Al despertarme, me puse á reflexionar por qué amaba tanto á Venecia, cuando recordé súbitamente que estaba en Bretaña: la voz de la sangre hablaba en mí. ¿No había en tiempo de César en Armórica un país de los venetos, *civitas venetum, civitas vene-*

*tica?* ¿No ha dicho Strabon que se decía que los venetos descendían de los venetos gaulas?

Se ha sostenido contradictoriamente que los pescadores del Morbihan eran una colonia de los *pescatori* de Palestrina: Venecia sería la madre, y no la hija de Vannes. Puede arreglarse esto suponiendo (lo que por otra parte es muy probable) que Vannes y Venecia se han dado á luz mutuamente. De consiguiente miro á los venecianos como á bretones: los gondoleros y yo somos primos, y hemos salido del casco de la *Galia: cornu Gallie*.

Grandemente regocijado con esta idea, fui á desayunarme á un café en el muelle de los Esclavones. El pan era tierno; el te aromático, la crema como en Bretaña; la manteca como en el Prevalais, porque la manteca, gracias al progreso de las luces, ha mejorado en todas partes: la he tomado excelente en Granada. El movimiento de un puerto me encanta siempre: varios patrones de barco estaban almorzando á escote: unos vendedores de frutas y flores me ofrecían toronjas, uvas y ramos: varios pescadores preparaban sus tartanas: los alumnos de la marina, bajando en una chalupa, iban á dar lecciones de maniobra á bordo del buque almirante: varias góndolas conducían pasajeros al barco de vapor de Trieste. Ese Trieste fue, no obstante, el que estuvo á punto de hacerme acuchillar en los escalones de las Tullerías por Bonaparte, como así me amenazó cuando en 1807 me ocurrió escribir en *El Mercurio*.

«Nos estaba reservado hallar en el fondo del mar Adriático la tumba de dos hijas de reyes, cuya oración fúnebre habíamos hecho pronunciar en un granero de Londres. ¡Ay! al menos la tumba que encierra á esas nobles señoras habrá visto interrumpido una vez su silencio: el ruido de los pasos de un francés habrá hecho estremecer á dos francesas en su féretro. Los respetos de un pobre noble en Versalles nada habrían sido para princesas: la oración de un cristiano en tierra extranjera habrá sido quizá grata á unas santas.»

Me parece que ya hace algunos años que estoy sirviendo á los Borbones: ellos han ilustrado mi fidelidad, pero no llegarán á cansarla. Me desayuno en el muelle de los Esclavones, aguardando á la desterrada.

ROUSSEAU Y BYRON.

Venecia, setiembre de 1855.

Desde mi pequeña mesa vagan mis ojos por todas las radas: una brisa refresca la atmósfera: la marea sube, y llega un buque de tres palos. El Lido á un lado, el palacio del dux al otro, las lagunas en el centro: hé aquí el cuadro. De este puerto es de donde salieron tantas escuadras gloriosas: el anciano Dandolo partió de él en la pompa de la caballería de los mares, cuya descripción nos dejó Villehardouin, que principió nuestra lengua y nuestras memorias.

«Y luego que las naves estuvieron cargadas de armas, y de carnes, y de caballeros y sargentos, y los escudos fueron colocados alrededor de los costados y en los obenques de las naves, y las banderas, de las que había muchas tan hermosas. Nunca salieron escuadras mas brillantes de ningún puerto.»

Mi escena de la mañana en Venecia me hace recordar la historia del capitán Olivet y de Zulieta, tan bien referida:

«Llega la góndola, dice Rousseau, y veo salir á una jóven deslumbradora, graciosamente vestida y muy ágil, que en tres saltos se puso en el cuarto, y

la ví instalada á mi lado antes de echar yo de ver que habían puesto un cubierto: era tan encantadora como viva: una morenita de unos veinte años á lo mas. No hablaba mas que italiano: su acento solo habría bastado para volverme el juicio. Comiendo y hablando me mira; se fija en mí un momento, y exclamando: — «¡Virgen santa, mi querido Bremond; cuánto tiempo hace que no te he visto!» se arroja en mis brazos, pega su boca á la mia, y me estrecha hasta sofocarme. Sus hermosos ojos negros orientales lanzaban contra mi corazón dardos de fuego, y aunque la sorpresa me distrajo algo en un principio, la voluptuosidad se apoderó de mí con gran rapidez.

..... Ella me dijo que me asemejaba, hasta el punto de equivocarme con él, á Mr. de Bremond, director de aduanas de Toscana; que había estado ciegamente enamorada de ese monsieur de Bremond; que lo estaba todavía; que le había abandonado porque era una tonta; que me tomaba en lugar suyo; que quería amarme porque así le convenia; que por la misma razon era preciso que yo la amase en tanto que á ella le placiese, y que cuando me dejara plantado, lo llevase con paciencia, como había hecho su querido Bremond. Como se dijo se hizo.

..... Por la tarde la volvimos á conducir á su casa. Mientras estábamos hablando, ví dos pistolas sobre su tocador: — «¡Oh! ¡oh! exclamé tomando una: hé aquí una caja de lunares de nueva fábrica, ¿puede saberse cuál es su uso?»

«La jóven me dijo, con una altiva ingenuidad que la hacia mas encantadora aun: — «Cuando concedo favores á personas á quienes no amo, les hago pagar el fastidio que me causan: nada hay mas justo; pero al sufrir sus caricias no quiero sufrir sus insultos, y no quedará sin pagármelo el primero que me falte.»

«Al separarme de ella tomé la hora para el día siguiente. No le hice aguardar. Encontréla en *vestito di confidenza*, en un traje de mañana mas que galante, que solo se conoce en los países meridionales, y que no me entretendré en describir, aunque lo recuerdo muy bien... No tenía yo idea de los placeres que me aguardaban. He hablado de Mad. de L... en los trasportes que su recuerdo me causa algunas veces; pero ¡qué vieja, fea y fria era al lado de mi Zulieta! No trateis de imaginaros las gracias y hechizos de esta muchacha encantadora, pues quedaríais muy lejos de la verdad: las jóvenes vírgenes de los claustros son menos frescas, las bellezas del serrallo menos vivas, las huris del paraíso menos incitantes.»

Esta aventura terminó por un capricho de Rousseau y la frase Zulieta: *Lascia le donne é studia la matematica*.

Lord Byron consagraba tambien su vida á Venus pagadas, y llenó el palacio de Mocénigo de esas bellezas venecianas, *refugiadas*, segun él, bajo los *fazzioli*. Algunas veces, turbado por la vergüenza, huía y pasaba la noche sobre las aguas de su góndola. Tenia por sultana favorita á Margherita Cogni, llamada del estado de su marido *la Fornarina*: «Morena, alta (es lord Byron el que habla), cabeza veneciana, ojos negros hermosísimos y veinte y dos años. Un día de otoño, yendo al Lido... fuimos sorprendidos por una borrasca... A la vuelta, después de una lucha terrible, hallé á Margherita al aire libre en los escalones del palacio Mocénigo, á orillas del gran canal: sus ojos negros brillaban al través de sus lágrimas: sus largos cabellos de ébano, desprendidos y empapados por la lluvia, cubrían sus cejas y su seno. Expuesta enteramente á la tempestad, el viento que

se precipitaba bajo sus vestidos y su cabellera los arrollaba alrededor de su talle esbelto; el relámpago serpenteaba sobre su cabeza y las olas bramaban á sus piés: tenía todo el aspecto de una Medea bajada de su carro, ó de una sibila que conjuraba la tempestad que bramaba en torno suyo: única cosa con vida al alcance de la voz en aquel momento, á excepcion de nosotros mismos. Viéndome sano y salvo, no me aguardó para felicitarme, sino que empezó á gritar de lejos: — «¡Ah! ¡Can della Madonna! ¡Dunque sta al tempo per andar al Lido!» «¡Oh, perro de la Virgen! ¿Es tiempo este para ir al Lido?»

En estas dos descripciones de Rousseau y de Byron se conoce la diferencia de la posición social, de la educación y del carácter de los dos hombres. Al través del encanto del estilo del autor de *Las Confesiones*, se trasluce algo de vulgar, de cinico, de mal tono, de mal gusto; la obscenidad de expresión particular á aquella época echa á perder todavía el cuadro. Zulieta es superior á su amante en elevación de sentimientos y en elegancia de maneras; es casi una gran dama enamorada del secretario íntimo de un embajador mezuino. La misma inferioridad vuelve á hallarse cuando Rousseau se concierta con su amigo Carrio para mantener á partir gastos á una niña de once años, cuyos favores, ó mas bien cuyas lágrimas, debían compartir.

Lord Byron es de otro género, y deja conocer las costumbres y la fatuidad de la aristocracia: par de la Gran-Bretaña, y burlándose de la muchacha del pueblo, á quien seduce, la eleva hasta él con sus caricias y con la magia de su talento. Byron llegó rico y afamado á Venecia. Rousseau desembarcó pobre y desconocido: todo el mundo conoce el palacio que divulgó los errores del heredero noble del célebre conmodoro inglés: ningún cicerone podría indicar la morada en donde ocultó sus placeres el hijo plebeyo del oscuro relojero de Ginebra. Rousseau no habla siquiera de Venecia: parece que habitó en ella sin haberla visto: Byron la ha cantado admirablemente.

Ya se ha visto en estas *Memorias* lo que he dicho de las relaciones de imaginación y destino que parecen haber existido entre el historiador de René y el poeta de *Childe-Harold*. Aquí vuelvo á señalar uno de esos puntos de contacto tan lisonjeros á mi orgullo. La morena Fornarina de lord Byron, ¿no tiene cierto aire de familia con la rubia Velleda de los *Mártires*, su hermana mayor?

«Oculto entre las rocas, aguardé algún tiempo sin ver aparecer nada. De repente hirieron mi oído unos sonidos que me trajo el viento de en medio del lago. Escucho, y distingo los acentos de una voz humana; al mismo tiempo descubro un esquife suspendido en la cima de una ola: vuelve á bajar, desaparece entre dos olas, y luego vuelve á aparecer sobre la cima de otra mas cercana á la costa. Una mujer lo conducía, que cantaba luchando contra la tempestad, y parecía burlarse de los vientos; habíase dicho que estaban bajo su dominio, segun parecía arrostrarlos. Veíala arrojar sucesivamente al lago, en sacrificio, piezas de tela, lana, panes de cera y pedazos de oro y plata.

«Pronto llega á la orilla, salta á tierra, ata su barquilla al tronco de un sauce, y se interna en el bosque, apoyándose en el ramo de álamo que llevaba en la mano. Pasó junto á mí sin verme. Era de elevada estatura; una túnica negra, corta y sin mangas servía apenas para cubrir su desnudez. Llevaba una guadaña de oro colgada de otra guadaña de bronce, é iba coronada con un ramo de encina. La blancura de sus brazos y de su tez, sus ojos azules, sus labios de rosa, sus largos cabellos blondos que flotaban esparcidos, anunciaban á la hija de los gaulas, y contrastaban



por su dulzura con su andar altivo y salvaje. Cantaba con voz melodiosa palabras terribles, y su seno descubierta se levantaba y bajaba como la espuma de las olas.»

Me avergonzaria de presentarme entre Byron y Juan Jacobo, sin saber lo que seré en la posteridad, si estas *Memorias* debiesen ver la luz pública viviendo yo; pero cuando lleguen á aparecer habré ya pasado, y para siempre, igualmente que mis ilustres predecesores, á la extranjera playa: mi sombra será entregada al soplo de la opinion, vano y ligero como lo poco que quedará de mis cenizas.

Rousseau y Byron han tenido en Venecia un punto de semejanza: á ninguno de los dos osaron sensacion las artes. Rousseau, dotado maravillosamente para la música, ni siquiera parece saber que existen cerca de Zúlietta cuadros, estatuas, monumentos; y sin embargo, ¡con qué encanto se enlazan esas obras maestras al amor, cuyo objeto divinizan y cuya llama aumentan! En cuanto á lord Byron, *aborrece el infernal brillo* de los colores de Rubens, *escupe á todos los asuntos de santos* de que están atestadas las iglesias; nunca ha hallado cuadro ni estatua que se acerque en una legua á su pensamiento, y prefiere á esas artes impostoras la belleza de algunas montañas, de algunos mares, de algunos caballos, de cierto leon de Morea, y de un tigre á quien vió comer en *Exeter-Change*. ¡No habrá en todó eso algo de obstinado orgullo!

«¡Cuánta afectacion y cuánta baladronada!

GRANDES GENIOS INSPIRADOS POR VENECIA.—ANTIGUAS Y NUEVAS CORTESANAS.—ROUSSEAU Y BYRON DESGRACIADOS.

Venecia, setiembre de 1833.

¿Pero qué ciudad es esa donde se han dado cita las mas elevadas inteligencias? Unas la han visitado ellas mismas, otras han enviado á ellas sus musas: habria faltado algo á la inmortalidad de esos ingenios si no hubiesen colgado cuadros en aquel templo del placer y de la gloria. Sin hacer mencion de los grandes poetas de la Italia, los genios de la Europa entera colocaron allí sus creaciones: allí respira esa *Desdémona* de Shakspeare, bien diferente de la *Zúlietta* de Rousseau y de la *Margheritta* de Byron, esa púdica veneciana que declara su ternura á Otelo: «Si teneis un amigo que me ame, enseñadle á referir vuestra historia: eso me colmará de amor hácia él.» Allí aparece aquella *Belvedera* de Oswai, que dice á Jaffier:

«¡Ay! sonrímeme como cuando nuestros amores estaban en su primavera. . . . .  
Conduceme á algun desierto, vasto, agreste, estéril como nuestras desgracias, en donde mi alma pueda respirar, en donde pueda yo decir á gritos á los altos cielos y á los astros que escuchan de qué infinitas riquezas está cargado mi seno, en donde pueda enlazar mis brazos impacientes alrededor de tu cuello, abrir paso al amor en besos que enciendan la alegría, y dejar marchar todo el fuego que arde en mi corazón.»

Goethe, en nuestro tiempo, ha celebrado á Venecia, y el gentil Marot, que fue primero en hacer oír su voz al despertarse las musas francesas, se refugió en los hogares del Ticiano. Montesquieu escribia: «Puede uno haber visto todas las ciudades del mundo, y quedar sorprendido al llegar á Venecia.»

Cuando en un cuadro sobrado desnudo representa el autor de las *Cartas persas* á una musulmana aban-

donada en el paraíso á dos *hombres divinos*, ¿no parece haber descrito la cortesana de las *Confesiones* de Rousseau y la de las *Memorias* de Byron? ¿No estaba yo entre mis dos florideñas, como Anaís entre sus dos ángeles? Pero las *muchachas pintadas* y yo no éramos inmortales.

Mad. de Stael entrega Venecia á la inspiracion de Corina: esta escucha el estampido del cañón, que anuncia el oscuro sacrificio de una jóven... Consejo solemne que una mujer resignada da á las mujeres que luchan todavía contra el destino... Corina baja á lo alto de la torre de San Marcos, contempla la ciudad y las olas, vuelve los ojos hácia *las nubes del lado de la Grecia*: «De noche no se ve mas que el reflejo de los faroles que iluminan las góndolas: sombras que se deslizan sobre el agua guiadas por una pequeña estrella.» Oswald marcha: Corina se precipita para llamarle. «Una lluvia terrible principiaba entonces, y se hacia sentir un viento fuertísimo. Corina baja á la orilla del canal. La noche era tan oscura, que no habia una sola barca: Corina llamaba á la ventura á los barqueros, que tomaban sus gritos por gritos de congoja de infelices que se ahogaban durante la tempestad, y sin embargo, nadie osaba acercarse: tan temibles eran las ondas agitadas del gran canal.»

Hé aquí de nuevo á la *Margheritta* de lord Byron. Siento un placer indecible en volver á ver las obras célebres de aquellos grandes maestros en el sitio mismo para el cual fueron hechas. Respiro á placer en medio de la tropa inmortal, como un humilde viajero admitido en los hogares hospitalarios de una rica y hermosa familia.

LLEGADA DE MAD. DE BAUFFREMONT Á VENECIA.—EL CATAJO.—EL DUQUE DE MÓDENA.—SEPULCRO DE PETRARCA EN ARQUA.—TIERRA DE POETAS.

De Venecia á Ferrara, del 16 al 17 de setiembre de 1833.

Inmenso era el intervalo entre esos ensueños y las verdades á que volvía al presentarme en casa de la princesa de Bauffremont: érame preciso saltar desde 1806, cuyo recuerdo venia á presentarme á mi imaginacion á 1833, al punto donde me hallaba en realidad: Marco Polo cayó de la China en Venecia precisamente despues de una ausencia de veinte y siete años.

Mad. de Bauffremont lleva dignísimamente en su semblante y en sus maneras el nombre de Montmorency: hubiera podido muy bien, como aquella Carlota, madre del gran conde y de la duquesa de Longueville, ser amada de Enrique IV. La princesa me dijo que la duquesa de Berry me habia escrito de Pisa una carta que yo no habia recibido. S. A. R. llegaba á Ferrara, donde me esperaba.

Costábame mucho abandonar mi retiro: necesitaba ocho dias mas para mi revista: sentia sobre todo no poder poner término á la aventura de Zauza (1): pero mi tiempo pertenecia á la madre de Enrique V, y siempre, cuando estoy en camino, ocurre un incidente que me lanza por otra senda.

Marché, dejando mi equipaje en la fonda de Europa, pensando volver con *Madame*.

Encontré mi carruaje en Fusina: sacáronlo de una antigua cochera, como una alhaja del guardamuebles de la corona. Abandoné la ribera, que tal vez toma su nombre del tridente del rey del mar: *Fuscina*.

Cuando llegué á Padua dije al postillon: «Camino de Ferrara.» Lindísimo es este camino hasta Moncelice: colinas de extremada elegancia, verjeles de higueras, moreras y sauces formados de viñas, pra-

(1) Véase lo dicho al hablar de la prision de Silvio Pellico.

deras alegres, castillos ruinosos. Pasé delante del Catajo, todo adornado de soldados: el abate Lenglet, hombre muy erudito, ha confundido este edificio con la China. El Catajo no es el Catai de Angélica, sino una posesion del duque de Módena. Me encontré de manos á boca con S. A., que se dignaba pasear á pié por el camino real. Este duque es un vástago de la raza de los principes inventados por Maquiavelo: tiene la altivez de no reconocer á Luis Felipe.

La aldea de Arqua ostenta el sepulcro del Petrarca, celebrado con el sitio por lord Byron:

«Che fai, che pensi? che pur dietro guardi?  
Nel tempo, che tornar non pote omá,  
Anima sconsolata?»

«¿Qué haces, qué piensas? ¿Por qué miras atrás á un tiempo que no puede volver jamás, alma desconsolada?»

Todo este país, en un diámetro de cuarenta leguas, es el suelo indigena de los escritores y de los poetas: Tito Livio, Virgilio, Cátulo, Ariosto, Guarini, los Strozzi, los tres Bentivoglio, Bembo, Bartoli, Bojardo, Pindemonte, Varano, Monti y otros muchos hombres célebres han nacido en esta tierra de las musas. El mismo Tasso era bergamesco de origen. De los últimos poetas italianos no he visto mas que á uno de los dos Pindemonte. No he conocido á Cesarotti ni á Monti: hubiera tenido un placer en encontrar á Pellico y á Manzoni, destellos de despedida de la gloria italiana. Los montes Eugáneos, que iba yo cruzando, se doraban con el aire del Poniente, con una agradable variedad de formas y una gran pureza de líneas: uno de esos montes se asemejaba á la pirámide principal de Saccarah cuando se destaca al sol Poniente sobre el horizonte de la Libia.

Continué de noche mi viaje por Rovigo: una capa de niebla cubria la tierra. No vi el Po sino por el paso de Lagoscuro. El carruaje se detuvo, y el postillon llamó á la barca con su trompa. El silencio era completo: únicamente al otro lado del rio respondian con un triple eco al sonido de la trompa el ahullido de un perro y las cascadas lejanas: preludio del imperio eliseo del Tasso, en donde íbamos á entrar.

El roce sobre el agua, á través de la niebla y de las sombras, anunció á la barca, que se deslizaba á lo largo de la cuerda, sostenida sobre barcos anclados. Entre cuatro y cinco de la mañana llegué el 16 á Ferrara, y me apeé en la fonda de las Tres Coronas, en donde aguardaban á *Madame*.

Miércoles 17.

S. A. R. no habia llegado aun, y de consiguiente me fuí á visitar la iglesia de San Pablo: no vi en ella mas que sepulcros: por lo demás, ni un alma, á excepcion de las de algunos muertos y de la mia, que ya no vive. En el testero del coro pendia un cuadro del Guerchin.

La catedral es engañosa: vése una portada y costados, en que hay incrustados bajo-relieves de asuntos sagrados y profanos. Sobre ese exterior dominan todavía otros adornos, colocados comunmente en el interior de los edificios góticos, como junquillos, modillones árabes, artesonados de aureola, galerías de columnitas, de ojivas, de hojas situadas en los huecos de las paredes. Entra uno, y se queda asombrado á la vista de una iglesia nueva, de bóvedas esféricas, de macizos pilares. Algo de esas aberraciones existe en Francia en lo físico y en lo moral: en nuestros antiguos castillos se hacen gabinetes modernos; una porcion de nidos de ratones, alcobas y guarda-ropas. Penétrese en el alma de una porcion de esos hombres

llenos de nombres históricos; ¿y qué se hallará en ellos? Inclinaciones de antecámara.

Apesadumbróme el aspecto de aquella catedral, que parecia haber sido vuelta como una casaca: mujer del tiempo de Luis XV, disfrazada de castellana del siglo XII.

Ferrara, tan agitada en otro tiempo con sus mujeres, sus placeres y sus poetas, está casi deshabitada: donde las calles son anchas, están desiertas, y podrían pastar en ellas rebaños. Las casas ruinosas no se reaniman, como en Venecia, por la arquitectura, los barcos, el mar y la alegría del sitio. A la puerta de la Romana, tan desgraciada, Ferrara, bajo el yugo de una guarnicion austriaca, tiene el semblante de un proscrito, parece llevar el luto eterno del Tasso, y, próxima á caer, se encorva como una vieja. Por único monumento del dia, sale á medias de la tierra un tribunal criminal con prisiones no concluidas. ¿A quién pondrán en esos calabozos recientes? A la jóctura. Aquellas cárceles nuevas, coronadas de gruas, y rodeadas de andamios como los palacios de la ciudad de Dido, tocan al antiguo calabozo del cantor de la *Jerusalem*.

EL TASSO.

Ferrara 18 de setiembre de 1833.

Si hay vida que deba hacer desesperar de la felicidad para los hombres de talento, es la del Tasso. El hermoso cielo que miraban sus ojos, al abrirse en la aurora, era un cielo engañoso.

«Mis adversidades, dice, principiaron con mi vida. La cruel fortuna me arrancó de los brazos de mi madre. Me acuerdo de sus besos empapados en lágrimas, de sus oraciones, que se llevaron los vientos. Yo no debia estrechar mas mi rostro contra el suyo. Con paso mal seguro, como Ascanio ó la jóven Camila, seguí á mi padre, errante y proscrito. Crecí en la pobreza y en el destierro.»

Torcuato Tasso perdió en Ostilla á Bernardo Tasso. Torcuato mató á Bernardo como poeta, y le hizo vivir como padre.

Salido Tasso de la oscuridad con la publicacion del *Reinaldo*, fue llamado á Ferrara. Allí se dió á conocer en medio de las fiestas del matrimonio de Alfonso II con la archiduquesa Bárbara. Allí encontró á Leonor, hermana de Alfonso: el amor y el infortunio acabaron de dar á su genio toda su belleza. «Vé, refiere el poeta, pintando en la *Aminia* la primera corte de Ferrara; ví diosas y ninfas encantadoras, sin velo, sin nubes; ¡sentíme inspirado de una nueva virtud, de una divinidad nueva, y canté la guerra y los héroes!...»

El Tasso leía las estancias de la *Gierusalemme*, conforme las iba componiendo, á las hermanas de Alfonso, Lucrecia y Leonor. Enviósele al lado del cardenal Hipólito de Este, establecido en la corte de Francia: empeñó sus vestidos y muebles para hacer ese viaje, mientras que el cardenal, á quien honraba con su presencia, hacia á Carlos IX el fastuoso regalo de cien caballos berberiscos con sus escuderos árabes soberbiamente vestidos. Abandonado primero el Tasso en las caballerizas, fue presentado en seguida al rey poeta, amigo de Ronsard. En una carta que nos ha quedado juzga á los franceses con dureza. Compuso algunos versos de su *Gierusalemme* en una abadía de hombres, en Francia, de que estaba provisto el cardenal Hipólito: Chalis, cerca de Ermenonville, es donde debia meditar y morir J. J. Rousseau: Dante habia pasado tambien oscuramente en París.

El Tasso volvió á Italia en 1571, y no fue testigo de la jornada de San Bartolomé. Fuese directamente



á Roma, y desde allí volvió á Ferrara. La *Aminta* fue representada con gran éxito. Al paso que se constituía en rival de Ariosto, el autor de *Reinaldo*, admiraba hasta tal punto al autor de *Orlando*, que rehusaba los homenajes del sobrino de este gran poeta. «Ese laurel que me ofreceis, le escribía, el juicio de los sabios, el de las personas del mundo y el mio mismo, lo han colocado sobre la cabeza del hombre á quien os unen vínculos de sangre. Prosternado ante su imagen le consagro los dictados mas honrosos que pueden inspirarme el cariño y el respeto. Le proclamaré en voz alta mi padre, mi señor y mi dueño.»

Esta modestia, tan desconocida en nuestra época, no desarmó la envidia. Torcuato había visto las fiestas dadas por Venecia á Enrique III al volver de Polonia, cuando se imprimió furtivamente un manuscrito de la *Jerusalem*: las minuciosas críticas de los amigos cuyo gusto consultaba el Tasso vinieron á alarmarle. Quizá se mostró en eso sobrado sensible; pero quizá había cimentado en la esperanza de su gloria el triunfo de sus amores. Creyóse cercado de asechanzas y traiciones, y se vió obligado á defender su vida. La mansion de Belriguardo, en donde Goethe evoca su sombra, no bastó á tranquilizarle. «Lo mismo que el ruseñor (dice el gran poeta alemán, haciendo hablar al gran poeta italiano) exhalaba de su pecho enfermo de amor la armonía de sus lamentos; sus cánticos deliciosos, su melancolía sagrada cautivaban el oído y el corazón... ¿Quién tiene mas derecho á atravesar misteriosamente los siglos que el secreto de un noble amor confiado al secreto de un sublime canto?... ¿Qué dulce es (continúa Goethe, intérprete de los sentimientos de Leonor); qué dulce es contemplarse en el hermoso genio de ese hombre, tenerle á su lado en el esplendor de esta vida, avanzar con fácil paso hácia el porvenir! Desde ese momento nada podrá el tiempo sobre tí, Leonor: viva en los cantos del poeta, serás todavía joven y dichosa cuando los años te hayan arrebatado en su corriente.»

El cantor de Herminia conjura á Leonor (siempre los versos del poeta de la Germania) que le relegue en una de sus quintas mas solitarias.—«Permitid, le dice, que sea vuestro esclavo. ¿Cómo cuidaré de vuestros árboles! ¿Con qué precaucion, en otoño, cubriré vuestro limonero de plantas ligeras! Bajo el vidrio de las estufas criaré hermosas flores.»

La historia de los amores del Tasso se había perdido y la halló Goethe.

Los pesares de las musas y los escrúpulos de la religion principiaron á alterar la razon del Tasso. Hizo-sele sufrir una detencion pasajera, y se escapó desnudo casi: extraviado en los montes, se cubrió con los andrajos de un pastor; y disfrazado así llegó á casa de su hermana Cornelia. Las caricias de esta hermana y el atractivo del país natal apaciguaron por un momento sus penas.—«Quería, dice, retirarme á Sorrento, como á un puerto pacífico, *quasi in porto di quiete*;» pero no pudo permanecer en donde había nacido: un atractivo le arrastraba á Ferrara; el amor y la patria.

Recibido con frialdad por el duque Alfonso, se retiró de nuevo, y anduvo errante por las pequeñas cortes de Mantua, Urbino y Turin, cantando para pagar la hospitalidad. Decía al Metauro, arroyo natal de Rafael: «Débil, pero glorioso hijo del Apenino, viajero vagabundo, vengo á buscar en tus orillas la seguridad y mi reposo.»

Armida había pasado á la cuna de Rafael, debiendo presidir á los encantamientos de la Farnesina.

Sorprendido por una tempestad en las cercanías de Verceil, celebró el Tasso la noche que pasó en casa de un noble, en el lindo diálogo del *Padre de familia*: En Turin le negaron la entrada de las puertas, pues tal era el miserable estado en que se hallaba. Informado de que Alfonso iba á contraer nuevo matrimo-

nio, vuelve á tomar el camino de Ferrara. Un espíritu divino seguía los pasos de aquel dios oculto bajo el traje de los pastores de Admeto: creía ver y oír a ese espíritu sentado un día junto al fuego, y viendo la luz del sol sobre una ventana, exclamó:—*Ecco l'amico spirito che cortesemente e venuto á favellarmi.* (Ese es el espíritu amigo que ha venido cortesmente á hablarme.) Y Torcuato hablaba con un rayo del sol. Volvió á la ciudad fatal como el pájaro fascinado se arroja en la boca de la serpiente: desconocido y rechazado por los cortesanos, ultrajado por los criados, prorumpió en quejas, y Alfonso le hizo encerrar en una casa de locos en el hospital de Santa Ana.

Entonces escribía el poeta á un amigo suyo: «Bajo el peso de mis infortunios he renunciado á todo pensamiento de gloria: me tendria por dichoso con poder solo ahogar la sed que me devora... La idea de un cautiverio sin fin, y la indignacion de los malos tratamientos que sufro, aumentan mi desesperacion. La suciedad de mi barba, la de mis cabellos y vestido me hacen objeto de disgusto hasta para mi propio.»

El preso imploraba á toda la tierra, y hasta á su mismo perseguidor, sacando de su lira acentos que hubieran podido derribar las paredes que cerraban sus miserias:

Piango il morir, non piango il morir solo,  
Ma il modo . . . . .

Mi saria di conforto aver la tumba,  
Ch'altra mole innalzar credea co' carmi.

«Lloro el morir; y no el morir solo, sino la manera en que muero... Será un consuelo tener la tumba para el que creía erigir otros monumentos con sus versos.»

Lord Byron compuso un poema de las *Lamentaciones del Tasso*: pero no puede desprenderse de lo que es, y se sustituye en todo á los personajes que pone en escena: como su genio carece de ternura, sus *lamentaciones* no son mas que *imprecaciones*.

El Tasso dirigió al consejo de los ancianos de Bergamo esta súplica:

«Torcuato Tasso, bergamasco, no solo de origen sino de inclinacion, habiendo perdido primero la bendiccion de su padre, mas la dote de su madre... y (después de la servidumbre de muchos años y de las fatigas de un tiempo bastante largo), no habiendo perdido nunca todavía la fe que tiene en esta ciudad (Bergamo), se atreve á pedirle auxilio. Que conjure al duque de Ferrara, en otro tiempo mi protector y bienhechor, que me devuelva á mi patria, á mis parientes y á mí mismo. El infortunado Tasso suplica por lo tanto á vuestras señorías (los magistrados de Bergamo) que envíen á monseñor Licini ó algun otro para tratar de mi libertad. La memoria de su beneficio no acabará sino con mi vida. Di VV. SS. *affezionatissimo servidore. Torcuato Tasso, prigioner et infermo nel ospedal di Sant' Ana in Ferrara.*»

Negábanle al Tasso tinta, plumas y papel. Había él cantado al *magnánimo Alfonso*, y el magnánimo Alfonso sumergía en una celda de dementes al que difundía sobre su frente un esplendor imperecedero. En un soneto lleno de gracia suplica el cautivo á una gata que le preste el brillo de sus ojos para reemplazar la luz de que se le ha privado; inofensiva chanza que prueba la mansedumbre del poeta y el exceso de su miseria. «Como en el Océano turbio y oscurecido por la tempestad... levanta el cansado piloto la cabeza durante la noche hácia las estrellas, cuyo polo resplandece, así hago yo, hermosa gata, en mi mala fortuna. Tus ojos me parecen dos estrellas que brillan delante de mí... ¡Oh, gata; lámpara de mis veladas! ¡Oh, gata; amada mía! Si Dios os libra de los palos,

si el cielo os alimenta de carne y leche, dadme luz para escribir estos versos:

Fatemi luce á scriver queste carmi.»

Por la noche se figuraba el Tasso oír ruidos extraños, tañidos de campanas fúnebres: atormentábanle mil espectros. «No puedo mas, exclamaba: yo sucumbo.» Atacado de una grave enfermedad, creyó ver á la Virgen, que le salvaba por milagro.

Egro io languiva e d'alto sonno avvino

Giacea con guancia di pallor dipinta.

Quando di luce incoronata . . . . .

Maria, pronta scendesti al mio dolore.

«Consumiame enfermo, vencido por el sueño... yacia con la palidez pintada en mis mejillas, cuando coronada de luz... bajaste, Maria, rápidamente á mi dolor.»

Montaigne visitó al Tasso, reducido á esa extrema adversidad, y no le manifestó compasion ninguna. En la misma época terminaba Camoens su vida en un hospicio en Lisboa. ¿Quién le consolaba al morir sobre un jergon? Los versos del preso de Ferrara. El autor cautivo de la *Jerusalem*, admirando al autor mendigo de las *Lusidas*, decía á Vasco de Gama: «Regocijate de ser celebrado por el poeta que tanto desplegó su vuelo glorioso, que tus naves rápidas no fueron tan lejos.»

Tant'oltre stando il glorioso volo  
Che i tuoi palmati legni andar men lungo

Así resonaba la voz del Eridano en las orillas del Tajo: así, al través de los mares, se felicitaban de un hospital á otro, con vergüenza de la especie humana, dos ilustres pacientes de igual genio y de igual destino.

¿Cuántos reyes, grandes y necios, sumidos hoy en olvido, creyéndose hácia el fin del siglo XVI, personajes dignos de memoria, ignoraban hasta los nombres del Tasso y de Camoens! En 1754 se leyó por la vez primera el nombre de Washington en el relato de un oscuro combate dado en un bosque entre una tropa de franceses, ingleses y salvajes: ¿qué escribiente de Versailles, qué proveedor del *Parc-aux-cerfs*, qué hombre, sobre todo, de corte ó de academia, hubiera querido cambiar en aquella época su nombre por el de aquel plantador americano (1)?

Ferrara 18 de setiembre de 1855.

La envidia se había apresurado á derramar su veneno sobre llagas abiertas. La Academia de la Crusca había declarado: «Que la *Jerusalem libertada* era una compilacion pesada y fria, de estilo oscuro y desigual, llena de versos ridiculos, de palabras bárbaras y que no compensaba con belleza alguna sus innumerables defectos.» El fanatismo por Ariosto había dictado esta sentencia. Pero el grito de la admiracion popular sofocó las blasfemias académicas: no le fue posible al duque Alfonso prolongar el cautiverio de un hombre que no tenía otro delito que el de haberle celebrado. El papa reclamó la libertad del honor de la Italia.

Fuera el Tasso de la prison, no fue por eso mas dichoso. Leonor había muerto, y fue arrastrando de ciudad en ciudad sus pesares. En Loreto, próximo á morir de hambre, estuvo ya á punto, dice uno de sus biógrafos, de alargar la mano que había levantado el palacio de Armida.» En Nápoles experimentó algunos dulces sentimientos de patria. «Hé aquí, decía, los

(1) Mis *Estudios históricos*.

sitios de donde salí siendo niño.... Después de tantos años, vuelvo encanecido, achacoso á mi playa natal.»

. . . . . E donde  
Darii fanciullo, or dopo tanti lustri  
Torno . . . . .  
Canuto ed egro alle native sponde.

Prefirió á moradas suntuosas una celda en el convento de Montoliveto. Habiéndole acometido una calentura en un viaje que hizo á Roma, un hospital fue su refugio.

Volviendo á Nápoles de Roma y de Florencia, echando la culpa de sus males á su poema inmortal, lo modificó y lo echó á perder. Principió sus cantos *Delle sette giornate del mondo creato*, asunto tratado por Du Bartas. El Tasso hace salir á Eva del seno de Adán, mientras que Dios á difundía un sueño apacible sobre los miembros de nuestro primer padre adormecido.

Et irrigó di placida quiete  
Tutte le membra al sonnaccchioso...

El poeta suaviza la imagen bíblica, y en las dulces creaciones de su lira, la mujer no es mas que el primer sueño del hombre. El pesar de dejar sin concluir un trabajo piadoso que consideraba como un himno expiatorio determinó al Tasso moribundo á condenar á la destruccion sus cantos profanos.

Menos respetado el poeta de la sociedad que de los ladrones, mereció á Marcos Sciarra, célebre gefe de *econdottiers*, la oferta de una escolta para conducirle á Roma. Presentado en el Vaticano, le dirigió el papa estas palabras:—«Torcuato, honraris esta corona que honró á los que la llevaron antes que vos.» Elogio que la posteridad ha confirmado. El Tasso respondia á los elogios repitiendo este verso de Séneca:

Magnifica verba mors prope admota excutit.

«La muerte va á rebajar bien pronto esas palabras magnificas.»

Atacado de un mal que presentia él deberle curar de todos los demás, se retiró al convento de San Onofre el 1.º de abril de 1595. Subió á su último asilo durante una tempestad de viento y de lluvia. Los monges le recibieron á la puerta, en donde desaparecen hoy los frescos del Dominiquino. Saludó á los padres, diciéndoles:—«Vengo á morir en medio de vosotros.» ¡Claustros hospitalarios, desiertos de religion y poesia! ¡Habeis prestado vuestra soledad á Dante proscrito y al Tasso moribundo!

Fueron inútiles todos los auxilios. A la sétima mañana de calentura, declaró el médico del papa al enfermo que tenia pocas esperanzas. El Tasso le abrazó y le dió gracias por haberle anunciado tan buena nueva. En seguida miró al cielo, y con una abundante efusion de corazón, dió gracias al Dios de las misericordias.

Yendo en aumento su debilidad, quiso recibir la Eucaristia en la iglesia del monasterio, adonde se arrastró apoyado sobre los religiosos, y volvió conducido en brazos de los mismos. Luego que estuvo acostado en su lecho le preguntó el prior acerca de su última voluntad.

—«Me he cuidado muy poco de los bienes de fortuna durante mi vida, y les tengo aun menos apego en la muerte. No tengo que hacer testamento.

—¿Dónde señalais vuestra sepultura?

—«En vuestra iglesia, si os dignais honrar tanto mis despojos.

—¿Queréis dictar vos mismo vuestro epitafio?»

Entonces, volviéndose hácia su confesor:

—«Padre, escribid: «Entrego mi alma á Dios, que me la dió, y mi cuerpo á la tierra, de que fue hecho.